

Tan seguros estamos de los benéficos efectos de la obra de Harvey, que por anticipado nos alegría considerar que entre ellos se contará el de hacer que los jóvenes de los países hispanoamericanos empiecen a sentirse llamados por las verdaderas vocaciones científicas en la misma forma en que nos consta que lo vienen siendo los jóvenes de los países que nos han precedido por el camino de la cultura y del progreso.

Hasta ahora las vocaciones científicas han sido excepcionales en los países de habla española, pero es preciso despertarlas para que con ello surjan hombres que por encima del afán de riqueza o de dominio de los demás coloquen las satis-

facciones de la conquista de la Naturaleza en beneficio de los demás hombres.

Para fortalecerse en tan altos propósitos, debe saber la juventud hispanoamericana que ya cuenta con hermanos mayores de su raza, que como Bernardo Houssay han podido exclamar con satisfacción después de un cuarto de siglo de laboriosa y fecunda jornada, que están contentos de haber salido ganando con haber sabido escoger lo mejor, que vale más que el dinero.

NOTA: Se han omitido intencionalmente las citas bibliográficas, en atención a que podrán ser halladas en la obra citada en este artículo.

CARTA TAL VEZ DE MAS

I

POR causa tuya, oh amada amiga mía, estoy pasando ahora uno de los trabajos más amargos y duros de mi vida. No creas, sin embargo, que en esta frase haya querido poner intención contra tí, si lo parece, pero su tono es debido solamente a una exaltación refleja de mi mal contenida nerviosidad. Para enmendarlo, debo apresurarme a añadir que el culpable, que el único verdadero responsable soy yo.

Ah, mundo éste, no se queda con nada. Se pueden gastar lujos y vivir de fiado por más o menos tiempo; pero a la larga no hay quien no acabe siendo el hijo de sus obras, y cuando llega la hora de las cuentas, es preciso hacerlas exactas, que pagar al centavo. Para mí era muy dulce alegría, vivir paladeando el delicioso sabor de entender que me tienes en concepto de bueno e inteligente. Compréndelo. En esta opaca y sorda lucha del vivir, todos necesitamos alguna recompensa. No importa si no la merecemos; antes, parece ser que quien la merece menos es quien la necesita más. Yo estaba harto necesitado, y mira, con este engaño tuyo, y el de otras dos o tres buenas personas que te secundan, me las he arreglado para vivir conforme, para llegar a sentirme compensado del humilde y nada envidiable patrimonio de dones naturales que me ha tocado en suerte. Mi pecado puede ser, o no, un pecado grave; pero las satisfacciones, las dichas y todo cuanto con él he obtenido, al fin, como pagadas con engaños, han estado defraudando a la realidad, han quedado debiéndole. No tiene, pues, por qué sorprenderme que, llegado el plazo, se me presente inflexible, dura, en una palabra, tal y como es, a reclamar su deuda,

POR EFREN HERNANDEZ

Aquí frente a mí tengo tu última. Dice en una parte: "...y le ruego me haga el favor de explicarme el verdadero significado de la palabra cultura". Y un poco más adelante: "Y otra cosa que también me tiene llena de perplejidad es el enigma de por dónde y cómo iremos a caminar ahora que hemos perdido el astro de orientación que era para la humanidad la creencia en Dios". Estos cortos renglones significan para mí tanto como una demanda por una deuda que no admite excepciones, ni dilaciones, ni transacciones, que tengo que reconocer y que pagar y que, no obstante, no tengo con qué pagar.

Lo haría desengañándote, haciéndote una confesión franca y sincera de la monstruosa esterilidad de mis insolventes sesos; pero me temo no vayas a tomarlo a egoísmo, a negligencia o a modestia. Te aseguro que no se me ocurre un solo sacrificio que no hiciera gustoso por refrendar mi prenda. Y no lo dudes. ¿Qué otra cosa podría querer yo, si me miro en la niña de tus ojos, sino elevarme a ser como ellos me sueñan? Pero pues cada cual ha nacido con su marca y no hay quien pueda añadir un codo a su estatura, más pura acción haré si me resigno a entregártele en espectáculo y a que me mires leal y genuinamente como soy.

Voy a empezar de pronto, sin dilaciones, como quien se mete de golpe en agua fría; pero primero, para agotar el cáliz, quiero hacerte saber que, tanto en la primera como en la segunda explicación correspondientes, respectivamente a tus preguntas, he de esforzarme en resolver hasta el extremo, de manera que quedas advertida: no voy a tratar sólo de salir del paso, sino a conducirte hasta

el último límite de la profundi-claridad, sutileza, a que puedo llegar, merced a esta especie de hueso de jicama que en mi cráneo funge y se da tonos de antorcha y de cerebro.

Empiezo:

Cultura, si se la buscara con un espíritu virgen de elaboraciones y refinamientos, desembarazado de toda suerte de prejuicios, desde un punto de vista del todo impreocupado y natural; quiero decir, si tratáramos de encontrarla tal y como ella es en medio de su vida familiar ordinaria, vestida a lo casero, y así como andaría en el momento de encontrarse bajo un estado de ánimo y de cuerpo materialmente opuesto a aquel en que se pone uno cuando piensa en ir a que le hagan un retrato, o bien, para expresarlo más incircunlóquicamente, así como estaría a fines de una semana de no preocuparse en lo más mínimo de su apariencia personal, cultura, repito, vendría a ser algo así como cultivadura.

No me consta si existe o si no existe esta palabra, y aún hay más, aun cuando supusiera y diera como un hecho probado el de su existencia, no llego a comprender ni a imaginar del todo su significación; pero una fe instintiva me asegura que puede sernos útil. He oído decir, no sé en qué parte, ni por qué lo recuerdo ahora, que la llaneza, la simplicidad, la naturalidad son una maravilla de ayudantes en las cuestiones muy profundas y muy complejas, y ¿para qué ocultarlo? Esta expresión cultivadura me sabe a fruto simple, me da la sensación de ser un término naturalísimo; tanto, que ahorita mismo, mientras se me ocurría, me pareció haberme trocado en un ser sobremanera rústico, con una personalidad bien definida de labriego, con una mente de pastor y con un cerebro, ni un punto más ni menos, simple y natural, que una piedra del cerro que no ha venido nunca a la ciudad, sino que, por el contrario, toda su vida la ha pasado abandonada a la silvestre influencia, hundida en el agraz regazo de la naturaleza.

Ahora bien, vamos a ver si es cierto esto que en pro de la ingenuidad y contra el artificio dicen. Empezaré por ver si me es posible explicarte lo que, en caso de existir, podría significar cultivadura. ¿Sabes qué cosa quiere decir cultivo? Cuando oyes decir, el cultivo del trigo, el cultivo de la amistad, el cultivo de la remolacha, el cultivo del músculo, el microzoocultivo o el cultivo del arte, etc., etc., ¿no entiendes? Pues esto, exactamente esto, es lo que quiere decir cultivo. Dicho en concreto: Cultivo es el conjunto de actividades que se ejecutan con el fin de que una cosa, la que se cultiva, se acreciente, se multiplique y mejore.

Y esto es cultivo, y esto mismo, casi esto mismo es lo que es cultivadura, con sólo la diferencia de la pequeña desviación a que la lleva la desinencia

adura, que causa, por componerse de dos partes, dos efectos: con la primera la vuelve participio: cultivado, y con la segunda, a más de la primera, la hace abstracta: cultivadura.

Esta ciencia es secundaria gramática; un poco de gramática y un poco de glosología, te bastarán para perfeccionar por nota los tentaleos únicamente líricos y empíricos con que yo te voy conduciendo de la mano, con pasos que a la lengua dan la nota de que el guía pisa estos terrenos por primera vez y anda ignorante, apenas estudiando y explorando y adelantando al tino.

Tenme paciencia, no pretendas de un pobre usurpador la habilidad de un sabio legítimo. Déjame ir andando según mi propio modo. Yo no podría decirte qué cosa es participio, ni cómo se define una abstracción, según el arte y la ciencia; pero observarlo sí, con implemento humilde, aprovechando la propiedad inmerecida de los ojos, porque la luz se distribuye igualmente en la retina del pobre y del rico, del sabio y del ignorante, del tonto y del inteligente. Lo mismo que cualquiera, puedo tomar yo un sustantivo, convertirlo en adjetivo o en verbo o en participio, examinar sus cambios, sus funciones y los diversos mundos a que va naciendo, y si no doctamente comprenderlos, al menos transcribirlos e irlos para tí, según mi alcance, notando y anotando, copiando, enumerando y refiriendo.

Sea dulce el elegido entre los sustantivos, el sustantivo dulce (y así sea y eficaz el fruto que nos deje, no amargo). Dulce, en su papel de sustantivo, representa y viene a la oración a desempeñarse en substitución de un objeto cierto que en la realidad existe ciertamente, del cual no hay para qué dar señas, porque no es necesario, pues lo conocemos todos. Ahora bien, si le añadimos *ado* lo habremos transformado en participio: dulzado. Y he aquí, dulce que, como he dicho, mientras estuvo solo fue un objeto real, desde, o a partir del momento de su conjunción con *ado*, se ha convertido en una atribución, en una cualidad, en una idea cuya razón de ser depende de otros objetos, so pena de salir, de retirarse a una inexistencia más profunda. Antes era algo y se podía llevar entre los dedos, quebrar entre los dientes, guardar en el recinto de una caja; pero ahora, ahora ya no puede ser hallado en otra forma que absorto, transubstanciado en otros sustantivos. Es como si en el agua de un vaso de agua hubiera caído un grumo de mermelada, y se hubiera disuelto, y ya hoy morara ahí distenso, con una vida atada, expropia, enajenada.

El dulce, la mermelada era por sí, estaba en sí, podía dar su cuerpo en testimonio de su existencia; mas luego lo ha perdido, se ha convertido en la cualidad que al transfundirse en el agua ha

incorporado al agua. Y aquello es lo que era el dulce y esto es lo que es lo dulzado. En suma, un mismo concepto en, como si dijéramos, dos grados de una escala que partiendo abajo del ser puro, se hundiera en lo alto hacia la pura concepción.

(Para justificar esta imagen, tal vez no resulte del todo impertinente recordar que se está hablando de fenómenos del lenguaje, el cual se ha desprendido y depende del orden conceptual que es el espíritu).

Y ya no falta sino ver el cambio que experimenta con la adición de la postrera parte del sufijo, o sea *ura*. Tenemos dulzadura. Dulzadura es un concepto desprendido en absoluto del mundo objetivo y del participativo, refundido en lo abstracto, irreal desde el punto de vista de los objetos, verdadero sólo para la conciencia, existente sólo para el sujeto. Las cosas, los objetos, no lo saben. Y este es un tropiezo, una dificultad; estoy por declarar que es un obstáculo insuperable. Porque es tanta mi impersonalidad, que casi no soy persona ni sujeto, soy más bien una cosa a la que se le ocurren ideas por una graciosa propiedad. Yo, pensando, estudiando, investigando, me causo admiración, me lleno de un asombro semejante al que me causaría ver hablar un conejo. Me parece cosa evidente que si un empresario de circo me localizara, me contrataría para exhibirme en compañía de otras rarezas: el mono que toca el violín, el asno que sabe leer, la cosa que piensa.

Te lo explico para hacerte patente la magnitud del obstáculo con que tropiezo para meterme en el mundo de lo abstracto, siendo, como ya te digo, casi nada más un objeto.

Pero mira, acaba de ocurrírseme una forma. Vamos a ver qué es lo que resulta. Imagina que han muerto algunos dulces, que es día de todos santos, que el mundo se ha poblado de muertitos de azúcar, que todos los padrecitos esos de garbanzo y papel, que salen de sus hormigueros el día primero de noviembre de cada año, llenan la tierra y andan muy atareados, ocupadísimos en cosas de su oficio, como son el oficiar exequias, acompañar duelos, presidir cortejos y ofrecer sufragios por el alma de los fieles alfeñiques difuntos. Y que allá en el país o seno de las almas del condumio, la cocada, el alfajor, etc., sus actos hallan gracia, y se atienden sus preces, y el celestial portero abre de par en par las puertas y deja entrada franca a los hálitos que, a manera de un humo invisible, se apartaron de los cuerpos de todo cuanto ciudadano almibarado había en las dulcerías. Aquí, al alcance de los tardos sentidos con que aprehendemos las cosas de este mundo, están los cuerpos de aquellos que en vida se llamaron dulces; pero su espíritu, su ánimo, no está; salido fue de ellos y ha ido a refundirse al seno del Padre, del Abraham que

los maestros llaman *ura*. Pues bien, esto que ha llenado aquel alto recinto, no es el sustantivo dulce, ni el participio dulzado, sino el concepto conceptual, la abstracción dulzadura.

Y aquí tienes la pobre explicación que puedo dar acerca de lo que es un participio y de lo que es una abstracción. No es ni muy cumplida ni muy pura. Pero ¿a qué seguir? Por una parte, tú entiendes estas cosas mucho mejor que yo; por otra, bien poco es lo que puede esperarse de una cosa tan humilde y tan humildemente pensativa, y por último, no he tenido tiempo de estudiar suficientemente los secretos de las ciencias glico-metafísicas; mi vida ha sido amarga y sólo sé la ciencia y la experiencia, aquellas por cuyo sabor se ha dicho: quien añade sabiduría añade dolor; pero aún tengo la traza de recurrir a tí; pues por algo han conservado tus ensueños una silla en la mesa capital, y en el foro del propio paraíso; justamente la patria que te digo, harto entristecido, que me está vedada; la omnipotente corte donde la fe dispone a su talante el orden y los sitios de las propias montañas, la ingenuidad titánicamente bien aventurada y todopoderosa, de cuya fuga se lamenta mi espíritu, diciendo: ay, inocencia, no de tí, ay de mí, inocencia, porque te he perdido. Ay de los secos, de los positivistas, quien juzga su inocencia y analiza su fe, desintegra las rosas de su vida, clava sus mariposas entre agujas, crucifica sus ángeles, consume la riqueza de sus huesos... Pero todavía me queda la traza de recurrir a tí. No hay que ir muy lejos. Dulzadura. ¿No ves claro? ¿No te acuerdas de nada? Por lo que mire a mí, no puedo decir otra cosa, sino que, en agua, en agua, amiga mía, se deshace mi boca. Hasta el enternecimiento se ahonda y se disuelve la cuenca de mi paladar; parece que he adquirido en las seis glándulas llamadas por parejas, sublinguales, linguales y parótidas, un alacrimógeno sentido, un órgano no usado, una compuerta inédita del llanto.

Derraman larga vena,
los ojos, hechos fuente.

Así era solamente "como decíamos ayer"; pero hoy y de hoy en más, tendremos que acudir en ciertos casos a una fórmula gemela:

La boca, vuelta fuente,
derrama larga vena.

Espero que comprendas: no me es dado seguir. La entrada, en cambio, para tí está franca, pues es la de tu alcoba y de tu patria.

Recuerda: dulce es un objeto, dulzado una participativa consubstanciación, y dulzadura es... eso es, aquí es en donde debo detenerme, y tú, su-

plirme. ¿No ves claro? No te acuerdas de nada? ¿O es que te has olvidado aun de tí misma, o que has mudado hasta el punto de perder hasta tu sombra, hasta dejar de ser lo que eras en el alma, oh, síntesis angélica de todos los azúcares y toda la dulzura?

Pero, ¿por qué?—preguntaría yo en tu caso—, ¿cómo es que ya hemos llegado a dulzadura? Lógicamente estábamos entrando a dulzadura apenas, y ahora, de buenas a primeras, sin ningún surcido y sin ilación alguna, brincamos a dulzura. ¿Qué es lo que hay que ver en esto, un truco o un descuido, una artimaña o una precipitación o inadvertencia?

Ni un truco ni un descuido. Muy cierto es que parece ser así, pero en caso de serlo no ha sido un truco mío, ha sido un truco del idioma. Y en mi humilde concepto no constituye falla. Se debe sólo a un acto de obediencia y disciplina en que la realidad se impone a la mentira que es toda ficción, así sea la muy científica y matemática llamada regla de falsa posición. Míralo humildemente; dulzadura no existe; fue sólo un auxiliar, vana ficción y, como tal, y tal como era de esperarse, se ha tornado a la nada, al vano seno de donde había sido sacada.

Y ello es un prodigio, una coincidencia prodigiosa que acabo de advertir. Cultivadura está en el mismo caso que dulzadura, tampoco existe. Si quieres, ve y búscala en el mundo, mas buscarás en vano. Todas las pesquisas en que te empeñes no te servirán para otra cosa que para enseñarte que cultivadura es un disparate, que la única voz genuina es cultura. Y, digo yo, de la aparición de esta palabra no me podrás culpar. Y fíjate, considera y explícame, si puedes, ¿en qué consiste que dulzadura sea a dulzura, como cultivadura es a cultura? ¿Cuál guía, qué luminoso espíritu invisible y no sentido, nos ha ido trayendo por tan rectos, equidistantes y paralelísticos caminos?

De allá quise traerte aquí, entré por donde no sabía y ya hemos llegado. Aún nos falta un trecho. ¿Qué es Cultura? Dentro de algunos días lo sabrás. Por de pronto, conténtate con esto. Me siento fatigado. Empiezan a juntarse en torno mío los árboles y las malezas de la empañada selva del sueño y del cansancio. Cultivo, cultivadura, cultura. He aquí el itinerario. Cuando le hallamos dado cima entraremos al otro, al que te consolará de la inquietud que sientes al pensar a cuál rumbo se irá a volver la humanidad ahora “que ha perdido el astro de orientación que era para la humanidad la fe en Dios”.

ENSAYO SOBRE EL CONCEPTO DE LA HISTORIA

Por ROBERTO RAMOS, DANTES

LA HISTORIA es el estudio de los hechos; se refiere a lo que ha acontecido. El concepto se determina por sí mismo esencialmente, y así, parece contrario a su determinación. Cabe, sin duda, reunir los acontecimientos de tal manera, que nos representemos que lo sucedido está inmediatamente ante nosotros; pero entonces habrá que establecer el enlace de los acontecimientos, habrá que llegar al descubrimiento de la HISTORIA PRAGMÁTICA, o sean las causas y fundamentos de los sucesos.

Debe entonces representarse que el concepto es necesario para ello, sin que por eso el *concebir* se ponga en relación de oposición a sí mismo. Ahora, que de este modo los acontecimientos siguen constituyendo la base de la HISTORIA, y la actividad del concepto queda reducida al contenido formal, universal, de los hechos, a los principios y reglas.

Sabemos que el hombre, creador de la HISTORIA, es un ser pensante. En todo lo humano: sensación, saber, voluntad, etc., hay un pensamiento; por consiguiente, también lo habrá en toda ocu-